

Carmen Conde, en su poesía, renueva y carga de pasión muchas imágenes procedentes de la lengua coloquial y de la cultura oral de las mujeres. Además se sirve de estas imágenes coloquiales, renovadas, para dramatizar sus temas transcendentales en los que siempre está presente su condición de mujer cristiana.

Los críticos han señalado la deuda de Carmen Conde con sus maestros y compañeros de generación, pero no han puesto suficiente énfasis en su deuda con las voces femeninas que la precedieron. Ella misma confeccionó varias antologías de poesía femenina y en su obra se notan las huellas de otras escritoras. En un poema de *La noche oscura del cuerpo* confirma su filiación con las poetisas románticas, especialmente con Gertrudis Gómez de Avellaneda, con Carolina Coronado y con Rosalía de Castro.

Las conozco, las amo, la certeza proclamo  
de aquellas tres criaturas que tuvo la Poesía  
despiertas en sus brazos, cantándole a la Vida.

A partir de la obra de las poetisas románticas, las escritoras se han encontrado con el conflicto que les plantea la lucha entre su talento poético y los límites que les impone su condición de mujeres. De este dilema proceden algunos rasgos de la poesía de Carmen Conde.

Carmen Conde plantea situaciones propias de la tradición femenina como: la maternidad, la amistad entre mujeres, la conflictiva relación con la figura de la madre, la identificación con los oprimidos, y, todas ellas están tratadas con nuevos enfoques. Revisa los símbolos, los arquetipos y los mitos femeninos, sobre todo las mujeres bíblicas y los personajes de la literatura clásica. Este procedimiento le da unos excelentes resultados en *Mujer sin Edén* y en *Cráter*.

Además se adelanta a algunos escritos de la poesía actual de mujeres cuando habla, como sujeto, del cuerpo femenino, tanto en su esplendor como en su decadencia y se rebela contra los estereotipos impuestos.

Y, en su obra apreciamos las tres fases que Showalter ha descrito en el desarrollo histórico de la escritura femenina: en los primeros libros interioriza los modelos; en *Mujer sin Edén* protesta contra estos modelos y, en la mayoría de sus obras, busca el autodescubrimiento<sup>6</sup>.

## 5. Consideraciones finales

Podemos decir que en Carmen Conde se unen su vocación de escritora, su conciencia de mujer y su condición de creyente. Toda su obra poética es un trabajo consciente en el que

<sup>6</sup> «Estas fases podrían denominarse *Femenina*, *Feminista* y *de la Mujer*... Para expresarse la mujer tiene que empezar con el lenguaje existente, cuya memoria no sólo hace presente su representación equívoca sino una gran fuerza expresiva a través de los mitos, de los símbolos, los tropos y otras convenciones, enriquecidos durante distintas épocas. Para salir de su dilema expresivo, las poetisas actuales recurren a dos estrategias principales, estrechamente relacionadas entre sí: la subversión y la revisión. La subversión es una táctica destructora con énfasis en desarmar la simbolización verbal existente que históricamente ha subyugado a la mujer, especialmente apropiada en la fase *Feminista*, porque se presta a la expresión de una protesta en contra de los valores establecidos. La revisión, en cambio, sobre todo de mitos e imágenes, es una estrategia constructiva que permite a la mujer descubrir y expresar con más precisión y textura su propia identidad. En la revisión predomina el autodescubrimiento característico de la fase *de la Mujer*». Ugalde, Sharon Keefe, «Subversión y revisionismo en la poesía de Ana Rossetti, Concha García, Juana Castro y Andrea Luca» en Cipijauskaitė, Birutė, *Novisimos, posnovisimos, clásicos. La poesía de los 80 en España*, Madrid, Orígenes, pp. 117-120.

lucha por conseguir la palabra que mejor exprese sus vivencias religiosas. Además es una búsqueda por encontrar una forma de expresión apropiada al yo femenino, sin tener que recurrir a las formas del canon masculino.

El resultado es una obra poética inusitada, nueva y renovada. Una obra que abre caminos importantes para las mujeres, pero, sobre todo, una obra poética cargada de un mensaje religioso vitalista que hace florecer el pozo de otras mujeres que beben en su agua.

## 6. Bibliografía consultada

- ALONSO, D. (1952): *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos.
- CONDE, Carmen (1979): *Obra poética (1929-1966)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- CONDE, Carmen (1980): *La noche oscura del cuerpo*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- CONDE, Carmen (1985): *Cráter*. Estudio preliminar de Manuel Alvar, Biblioteca Nueva, Madrid.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (1987): *La poesía española de 1935 a 1975*, Madrid, Cátedra.
- JIMÉNEZ FARO, Luzmaría (1996): *Poetisas españolas. Antología general. Tomo II: De 1901 a 1939*, Torremozas, Madrid.
- KIRKPATRICK, S. (1995): «La tradición femenina de poesía romántica» en VV.AA. (1998): *Breve historia feminista de la literatura escrita por mujer (en lengua castellana)*, Coord. Zavala, I., Madrid, Anthropos, Vol. V, pp. 39-73.
- MIRÓ, E. (1999): *Antología de poetisas del 27*, Madrid, Castalia.
- PALOMO, M<sup>a</sup> Pilar (1988): *La poesía en el siglo XX (desde 1939)*, Madrid, Taurus.
- QUANCE, Roberta (1998): «Hago versos señores...» en en VV.AA. *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, Coord. Zavala, Iris, vol. 5, Barcelona, Anthropos.
- UGALDE, Sharon Keefe (1991): *Conversaciones y poemas: La nueva poesía femenina española en castellano*, Madrid, Siglo XXI de España.
- ZAMBRANO, María (1939): *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica.

## Dios, la muerte y el ritual de exequias

Rev. Aragon. Teol. 14 (2001)

Juan Antonio Gutiérrez Curieses  
Ángel María Lahuerta Millas

El trabajo que les ofrecemos forma parte de un estudio más amplio que intenta responder al interrogante que tantas veces los agentes al servicio de la pastoral nos hemos hecho: ¿qué rostro de Dios tiene nuestra gente? Un rostro de Dios que si lo poseen y tratan de vivir viene de algún sitio, hunde sus raíces en algún humus que permite su desarrollo. Lo que ofrecemos hoy es, simplemente, una lectura analítica de una parte del Ritual de Exequias, una reflexión desde dos pueblos de la Ribera Baja del Ebro y desde la práctica rural evangelizadora.

Mil quinientas treinta y cinco páginas son las que en la segunda edición renovada del Ritual de Exequias<sup>1</sup> ofrece la Congregación para el Culto a los cristianos que llenan nuestros templos con motivo de los funerales. En bien pocas ocasiones, fuera del día de la fiesta patronal, los «cristianos» frecuentan de modo tan masivo la Parroquia, lugar que es de oración y de encuentro. Esta afluencia a las celebraciones indica la conveniencia de preparar cuidadosamente lo que se quiere transmitir. ¿No hay un exceso de palabras, con minúscula, en nuestras celebraciones? ¿No corren el peligro de ahogar a la Palabra, con mayúscula, que es la que en verdad importa?

En el Ritual de Exequias todos hablan: los monitores, los directores de los cantos, los que aportan intenciones a la oración y sobre todo, el presidente, con sus moniciones, homilías y avisos. Seguramente todas estas palabras son útiles, y por eso se dicen. Pero, a veces, y sin pretenderlo, convertimos la oración y la celebración en una clase particular que el celebrante oficia «con la debida expresividad litúrgica», olvidando que lo que hacemos es un servicio a la Palabra, o sea, orientar a los oyentes hacia lo que Dios ha dicho, no a lo que se nos ocurre a nosotros exaltando las virtudes y bondades del más silencioso de los presentes. La Palabra, de acuerdo a las orientaciones conciliares sobre el rito exequial, (SC 81)<sup>2</sup>, debe ser aplicada a nuestra historia, a nuestro quehacer cotidiano, con toda su fuerza salvadora. Nuestras palabras, con pedagogía y respeto, deben ayudar a que todos entremos en la presencia de la Palabra. Luego, Ella irá dando frutos.

Por estos motivos, también recogidos en el Ritual, presencia de la Palabra y presencia masiva de personas (generalmente) en nuestros pueblos, queremos analizar qué decimos sobre Dios y qué escuchan cristianos que, no lo olvidemos, no participan habitualmente de la Palabra ni de los Sacramentos.

Nuestro análisis se va a centrar en el estudio del Libro III del mencionado Ritual, Libro que lleva por título «Celebración de las exequias sin canto». No es una elección sin más, sino

<sup>1</sup> Sagrada Congregación para el Culto Divino, *Ritual de Exequias*, (Barcelona 1989), 2ª ed. Renovada.

<sup>2</sup> «El rito de las exequias debe expresar más claramente el sentido Pascual de la muerte cristiana y responder mejor a las circunstancias y tradiciones de cada país, aun en lo referente al color litúrgico».

que responde a que los cuatro capítulos que comprende este Libro son los que empleamos de modo casi general en las exequias que se celebran en nuestras Parroquias<sup>3</sup>. En su estudio pretendemos descubrir la imagen de Dios que, en estas situaciones, estamos transmitiendo.

Al encontrarnos con el conjunto del Ritual podemos sentir que estamos ante un gran «puzzle», que favorece más la dispersión que la sencillez en el uso y en la comprensión. La sensación se palpa en que en muchas Parroquias de nuestro entorno se sigue utilizando el Ritual anterior, de un manejo más sencillo. No obstante es de agradecer y valorar la expresividad del lenguaje (que analizaremos más tarde) y la riqueza de situaciones contempladas. De entrada, destacamos también las ideas de esperanza y confianza en la bondad de Dios, que si bien no aparecen claramente, sí las descubrimos en la base de las oraciones.

Comenzando a leer la presentación del ritual, entre las páginas once y catorce de la edición que manejamos, descubrimos un rostro de Dios que acoge. Acogida que se ofrece en la dolorosa realidad de la muerte. Nos advierte que estas palabras no son respuestas, que ni la técnica ni el progreso tienen, que tampoco tiene la Iglesia; no son palabras de consuelo abstracto propio de estas situaciones, sino que son palabras que invitan a la contemplación del sentido pascual de las exequias (SC 81), esto es, invitan a unir el destino de los difuntos al mismo destino que por la fe se nos presenta en la Resurrección de Jesús.

Dentro de este lenguaje se hace destacable cómo el Ritual muestra su preocupación repetitiva y hasta en algunos momentos «agobiante» sobre la forma, la materia, el ministro y el efecto del Sacramento.

La Unción de los enfermos y la realización de las exequias, se nos dice, que es consumativo de la penitencia y de toda la vida cristiana. Si esto es así, el Sacramento de la Unción dejará de ser una ayuda en la enfermedad y se convertirá en un ritual de purificación, en una mera disciplina sacramental, administrada a ser posible en los últimos momentos de vida, en la soledad y oscuridad que nos puede brindar una habitación al sacerdote y a quien es ya incapaz de cualquier reacción<sup>4</sup>.

Dentro de las orientaciones generales, páginas veintiuno a veinticinco, encontramos que se habla —si bien de modo implícito— de un Dios que acoge a los bautizados, de un Dios que celebra por los suyos. ¿Por qué habla así el Ritual? Porque como se nos dice: «*el alma necesita una purificación y el cuerpo debe aguardar la venida de Cristo y la resurrección*». En la página veinticuatro se advierte que las exequias no son ritos de purificación, lo cual entendemos que entra en contradicción con lo que leíamos en la página veintiuno respecto al alma. Igualmente en esta página veinticuatro notamos una cierta *idea* de tratar a la Eucaristía como rito de expiación, lo que tampoco, creemos, es del todo correcto.

<sup>3</sup> Estamos haciendo referencia a los pueblos de Fuentes de Ebro y Pina de Ebro durante los años 1998-2000.

<sup>4</sup> Estas ideas las podemos encontrar en el Concilio de Florencia de 1436: «... *por la extremaunción somos curados espiritualmente e incluso corporalmente...*», o en el Ritual de Exequias de Pablo V, 1605-1621. Interpretar la Sagrada Escritura siempre es atrevimiento, pero el texto de Mt 6, 13: «*expulsaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban*», creemos que no indica rito de purificación, sino de consuelo, esperanza y sanación. Por otro lado la cita de St 5, 14-15: «*cuando alguno de vosotros esté enfermo, llame a los presbíteros de la Iglesia para que recen sobre él y lo unjan con óleo; la oración hecha con fe salvará al enfermo*», creemos que está en la línea de alivio en la enfermedad, de consuelo en los momentos difíciles, y no en línea de «*extrema-unción*».

Siguiendo la lectura de estas observaciones el rostro de Dios podemos descubrirlo en su misma Palabra que es:

- La que afianza la esperanza de un encuentro en el Reino de Dios.
- La que exhorta a la piedad hacia los difuntos.
- La que da testimonio de vida cristiana.

Estos planteamientos se realizan desde la idea que los cristianos como miembros de Cristo son una sola cosa en Cristo, que ni la muerte puede separarnos de Él. Dentro de esta celebración eclesial los salmos indicados, son los que intentan expresar el dolor y exhortar a la esperanza, las oraciones *«expresan la fe e interceden piadosamente por los difuntos adultos para que alcancen la felicidad junto a Dios»*<sup>5</sup>.

En las Orientaciones doctrinales y pastorales de la Conferencia Episcopal Española, páginas treinta y tres y siguientes, encontramos la idea de Dios Creador, que aparece en G. S. 18, con los rasgos de omnipotencia y misericordia, que si bien pueden remitirnos a un Dios lejano, empalman con la tradición y con el texto de 2 Cor 4, 10: *«por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo»*. Pablo, ante ese sentimiento de lejanía, aporta como encuentro de Dios con las personas el propio individuo, un encuentro con el dolor, la enfermedad y las privaciones. En esta línea es muy interesante la idea de que Dios en su economía salvífica quiere la vida de todos sus fieles, una unión sacramental entre la muerte de Cristo y la del cristiano.

Las Orientaciones de la CEE nos encaminan hacia la actuación de Dios a favor del fiel que ha muerto<sup>6</sup>:

- restituirá al hombre la salvación perdida por su culpa,
- Dios llama, y llama a una vida divina incorruptible, busca la adhesión del hombre a Él y a su proyecto,
- Dios es el victorioso, del que podemos tener constancia en la resurrección.

Dios nos revela el significado final de la muerte; esta revelación la realiza de una manera progresiva por medio de la revelación en Jesucristo. Revelación que ya encontramos en el Antiguo Testamento donde con contundencia y dureza se nos habla del Dios vivo exterminador de la muerte.

Las Orientaciones, recogiendo la tradición de la Antigua Alianza, hacen converger en Cristo y en su muerte todo el plan salvífico que Dios había previsto desde siempre. Esta convergencia en Cristo y en su muerte posee unas dimensiones:

- personal, Cristo asume libremente su muerte,
- comunitaria, Él muere por todos los hombres,
- Relación con la muerte; Cristo triunfa totalmente con poder sobre ella.

<sup>5</sup> *Ritual de Exequias*, op. cit. 26.

<sup>6</sup> *Ritual de Exequias*, op. cit 33-41.

En la Resurrección de Cristo encontramos no solo el sentido de su muerte, sino el sentido de nuestra propia muerte. Este misterio pascual «*da otra*» perspectiva a nuestra relación con la muerte: Cristo vencedor de la muerte ilumina nuestra muerte (Lc 1, 79). Este triunfo definitivo se producirá al final de los tiempos donde la muerte será destruida para siempre. En Cristo todos morimos sacramental, moral y físicamente; la muerte, por lo tanto, como participación de una misma muerte, significa para el cristiano aceptación personal, fecundidad comunitaria y victoria final sobre el poderío de la muerte.

Estas ideas que acabamos de entresacar de la lectura, donde vemos un marcado carácter pascual, quedan un poco veladas cuando en las mismas páginas parece volver al lenguaje de la «*extrema-unción*» del año 1439, cuando dice que la celebración litúrgica de la muerte se inicia en los momentos inmediatamente anteriores a la expiación: ¡cierto, hasta que no se muere no podemos empezar! ¿Qué es lo que se pretende: enterrar o celebrar cristianamente la muerte?

Pero pasemos a la lectura del Libro III.

A lo largo de los cuatro formularios comunes de este Libro III es patente la progresión, en lecturas y oraciones, que existe desde el Dios que se va revelando en el Antiguo Testamento hasta su revelación plena en Jesús y desde Él hacia la gloria del Señor, de la cual todos vamos a ser partícipes. De los salmos que nos recuerdan la historia que comienza con la Creación hasta ese último salmo que será un himno de acción de gracias entonado alrededor del Señor.

Antes de comenzar el análisis de los distintos formularios queremos indicar el método de trabajo que vamos a emplear: desde la lectura y análisis del primer formulario iremos destacando en los siguientes únicamente los elementos nuevos o distintos que vayamos descubriendo. Esto creemos que va a facilitar no sólo nuestro trabajo de análisis sino también la comprensión posterior del mismo. Iremos haciendo referencia a los números que son comunes en todos los formularios y que el Ritual nos indica. Estos números son:

- Núm 1: Estación en casa del difunto.
- Núm 2: Salmo 113.
- Núm 3: Oración.
- Núm 4: Letanía por el difunto.
- Núm 5: Oración junto al cirio pascual.
- Núm 6: Oración colecta.
- Núm 7: Oración universal.
- Núm 8: Procesión al cementerio.
- Núm 9: Último adiós al cuerpo del difunto.
- Núm 10: Palabras de despedida al cadáver.
- Núm 11: Oración previa a la aspersión del féretro.

Núm 12: Aspersión e invocaciones.

Núm 13: Oración previa a colocar el cuerpo en el sepulcro.

Núm. 14: Fórmulas de despedida.

Núm 15: Conclusión del rito.

## FORMULARIO I

### 1. Estación en casa del difunto

#### Nº 1

Dentro de esta «*oración en casa del difunto*» encontramos la imagen reiterada en el Ritual, Dios esperanza y consuelo del cristiano. Un Dios que sale al encuentro del hombre y que se hace presente en los momentos de tribulación. Un Dios que consuela al hombre en su condición frágil y caduca, que se revela por medio de Jesucristo, y en el cual se garantiza al creyente la vida eterna, gracias al amor que Dios mismo nos tiene.

#### Nº 3

En esta oración encontramos la siguiente expresión: «*oh Dios, justo y clemente*», expresión típica en el Antiguo Testamento, una justicia y una clemencia que se practica «*con los siervos*».

Nosotros, gracias a la revelación de Jesús, sabemos que Dios no sólo es justo y clemente, sino misericordioso, y que nos llama amigos.

La «*tierra de promisión*» de la que habla el Antiguo Testamento, y «*destinado a gustar los bienes de la vida divina*», pueden hacernos pensar en un Dios que es propietario del hombre.

En el Nuevo Testamento y en la predicación de Jesús no se habla de «*gustar*», sino de participar, comulgar nos indica que todo es para todos, no que alguien en un arranque de generosidad nos deje «*gustar*» de algo que le sobra para que alabemos y demos gracias a su bondad.

En este mismo numero aparece la figura de Cristo que participa plenamente de la Pascua liberadora y del Plan de Salvación que Dios da a las personas.

### 2. Procesión a la Iglesia

#### Nº 4

En la Letanía, donde se recuerda los momentos de Israel en su peregrinar por el desierto, vamos a descubrir esa figura de Cristo que recapitula los momentos anteriores a la Encarnación.

Recordar el Dios del Antiguo Testamento a un pueblo que no conoce mucho la historia de Israel es correr el riesgo de quedarnos en ese Dios del Antiguo Testamento y no avanzar hacia la plenitud total de Cristo. Esta Letanía da por supuesto un conocimiento de la Historia de Salvación y de la Escritura; se nos ha de permitir mantener la duda razonable de que la gente entienda lo correcto cuando reiteradamente a los hijos de Dios se nos llama «*siervos*».

### 3. Estación en la Iglesia

#### Nº 5

Desde la perspectiva de la hermandad universal se nos muestra la soberanía y majestad de Dios, que unida a su poder, es capaz de dar la salvación a las personas liberándonos de las «*garras*» del pecado.

Un Dios que reina con «*mano fuerte y brazo extendido*». Si el poder humano fácilmente se asocia con el dominio y la injusticia, el poder de Dios siempre es salvador, incluso de la misma muerte.

### 4. Misa exequial o liturgia de la palabra

#### Nº 6

En las oraciones propuestas descubrimos una presencia que rodea y acoge, que establece comunión, que implica. Esta idea contrasta con las que hemos descrito en el nº 3, donde se nos hablaba de «*gustar los bienes de la vida divina*», puesto que aquí se habla más de un Dios cercano, preocupado y amoroso con su criatura. Una actuación dentro de la más absoluta miseria del hombre, Dios libera a todos los hombres de los males.

Un Dios que actúa con perdón, pero «*premiando a los justos*» que gozarán de la «*vida inmortal*»<sup>7</sup>. Volvemos a un lenguaje de méritos y de recompensa, un lenguaje eminentemente mercantilista.

Los pecados van a ser perdonados por la súplica, no por la misericordia de Dios. Liberar a los muertos por las oraciones que sirven de recompensa, «*pagar*» para conseguir. Con esto son fáciles prácticas habituales en las Parroquias como: «*¿Cuánto le debo, mosén, por la intención?*», o «*nómbrelo muchas veces*», refiriéndose al difunto en las intenciones de la misa. La oración no es de confianza, ni de diálogo. «*Cuando llegue nuestro turno*» se nos llamará al estrado para recibir nuestro premio y así colocarnos en ese puesto de preferencia entre los santos y elegidos, entre los premiados.

#### Nº 7

En la oración universal que es, o debería ser, una oración que expresa la confianza de los hijos hacia el Padre y del Padre hacia los hijos, esta confianza aparece bastante velada.

---

<sup>7</sup> ¿Qué pasará con los «*injustos*»? En el catecismo se decía que «*Dios premia a los buenos y castiga a los malos*».

Se nos habla de un Señor, de un Creador, de un Rey.

Dios es el árbitro (es la primera vez que encontramos este término en este estudio), un árbitro es el que regula: ahora tú y luego otro. Se puede pensar en un Dios caprichoso, al que quiere lo llama y al que comete infracción se le amonesta con «*falta o con tarjeta, penalti y expulsión*». Un árbitro que en la predicación de Jesús aparece con las categorías de compasión y de amor.

En la petición número tres aparece la benignidad de Dios, que es la que hace gozar de los bienes que se nos tienen reservados.

Esto en la petición número cinco concluye con la idea de un Dios retributivo, un Dios que velando por nuestras vidas únicamente se preocupa de las obras. «*Para que Dios no permita*» (petición número cinco), un Dios control que mira a través de su gran ojo cualquier desliz que en un momento de desesperación podamos tener.

Esta oración universal concluye con la idea de Dios que camina al lado del hombre: un Dios que escucha, un Dios que es conocido por la fe y por las obras, y un Dios que veremos tal cual es. Todo esto puede representar una confusión en las personas que escuchan: del Dios poder, control y lejanía, se pasa en el mismo momento al Dios de Jesús, cercano y preocupado por el hombre.

## 5. Procesión al cementerio

### Nº 8

El lenguaje del Antiguo Testamento vuelve a utilizarse: «*al paraíso te llevan los ángeles, te reciban los mártires y te introduzcan en la ciudad santa de Jerusalén*». Tal vez queramos ser demasiado exigentes con unos textos a los que están acostumbrados las personas, unos textos que posiblemente sin ser comprendidos han calado en las formas externas de religiosidad, y que si se cambian pueden suponer sorpresa y rechazo al creer que rompe la «*tradición*» (entendida como lo que siempre se ha hecho, sin admitir ni el más mínimo cambio).

No podemos pasar por alto la sorpresa que nos ha producido encontrar lo siguiente:

1. Se habla del difunto como «*despojo*». Creemos que esto no es una expresión que indique con claridad respeto al cuerpo sin vida, un cuerpo que ha sido Templo del Espíritu como nos avisaba la Prenotanda. El «*despojo*» es lo que no sirve para nada, la «*cosa*» que se tira. El cuerpo sin vida sigue mereciendo respeto, igual que también lo merecen los cementerios, como bien señala el Ritual.

2. ¿Invocar a quién? Primero se habla de los santos y luego de Cristo como «*vencedor del sepulcro*» haciendo memoria de sus misterios salvadores. Si Cristo es el Hijo de Dios vivo será al único al que debemos invocar, ¡pensamos!, aunque podamos preguntar dónde queda el difunto entre tanta «*corte celestial*».

En las letanías (número cuatro) se hacía un recorrido de toda la Historia de Salvación: ahora sí que se hace un recorrido por la vida y esperanzas del mismo Jesús.

## 6. Último adiós al cuerpo del difunto

### Nº 9

La antifona que abre el salmo indica lo que en éste encontramos: un aleluya a la bondad y al amor de Dios que se va a manifestar en la persona humana que ha muerto al poder entrar ésta en la gloria del Padre para darle gracias.

La oración al final del mismo salmo nos muestra la confianza en quien es Resurrección y vida para los que creen en Él.

### Nº 10

Después de la bendición del sepulcro las palabras del que preside nos descubren nuevamente el Dios esperanza de vida, que creíamos haber perdido de vista anteriormente. Así:

- Se invita a rezar con fe a Dios para quien toda criatura vive—.
- Dios no sólo está, sino que en una actitud dinámica admite y acoge en su seno a la criatura difunta. Su preocupado amor le lleva a rodear con sus brazos el cuerpo ya sin vida para darle una Vida Nueva en plenitud.
- En el *«momento del juicio»* este, Dios que en apariencia es juez, usa de unas actitudes poco normales en los juicios humanos: misericordia, libra de la muerte, absuelve y reconcilia, lleva a la criatura en sus hombros, agrega al *«reo»* a su séquito para que disfrute de la gloria y de la compañía de los santos.

### Nº 11

Si seguimos utilizando la figura de «juez» tampoco son «normales» los consejos que éste aporta antes del juicio: «no temas», «en su resurrección fuiste salvado», «el Señor te protegió», «te librará de la muerte que acabas de sufrir», «Dios te dio su Espíritu Santo y así te consagró». Estas acciones de Dios nos recuerdan el rostro que Jesús nos muestra del Padre: un rostro de esperanza al saber que a pesar de nuestros errores somos piedras vivas en la resurrección, no simple polvo que esparce el viento.

### Nº 12

En algunos de los números anteriores intuíamos que Dios *«imponía»* su voluntad; en este número parece que se gira 180° cuando Dios es quien invita. Una invitación, siempre gratuita, fruto de su bondad y que nos lleva a injertarnos en el mismo Cristo. Señalar que, en este proceso, juega un papel muy importante el Espíritu Santo ya que no sólo es quien invita sino que además acompaña y guía a las personas.

### Nº 13

Encontramos ahora invocaciones claras a ese Dios bueno narrado anteriormente: *«a tus manos, Padre, de bondad...», «con la esperanza en la resurrección»...*. Es una invitación al gozo de manera permanente, una invitación a la comunión con Él en la vida y en la muerte, una invitación a dar gracias por los dones que de Dios recibimos. Amor de Dios, comunión con los santos y misericordia de Dios son las valizas que muestran el camino que la criatura llamada puede seguir.

## Nº 14

Si Dios es misericordia, es, porque es consuelo, porque en su Creación muestra su amor inefable.

Desde el número once hasta este último número catorce la descripción de Dios se hace cercana ya que se hace cercano su perdón. La distancia que parecía insalvable queda superada cuando descubrimos como cercano el lugar de la luz y de la paz, porque descubrimos la grandeza de vivir eternamente con Cristo.

## FORMULARIO II

## Nº 1

El caminar produce cansancio que se ve recompensado al final con la contemplación de un Dios que es *«inescrutable providencia»*. Un Dios que los hijos han descubierto a lo largo del camino, un Dios que encontramos en nuestra etapa final porque nunca nos ha abandonado. Dios que perdona las faltas, que dispensa una mansión de paz.

## Nº 3

Desde el Dios Trinidad que se nos muestra en esta oración, sorprende descubrir ese Dios que recuerda las culpas pasadas. En las expresiones: *«reconócelo, Señor, como criatura tuya»* y *«te adoró y fue fiel»*, da la impresión de que fuera una condición indispensable para la acogida observar y cumplir la *«normativa»* de Dios.

La intervención de los *«santos ángeles»* en esta etapa final del camino puede hacernos pensar en que la comunidad de Dios Trinidad aumenta con la presencia de estos ángeles.

Con la expresión *«creador de cielo y tierra»* volvemos a la idea de Dios Señor.

## Nº 6

*«Padre omnipotente»* indica la certeza y confianza del Hijo en el Padre que todo lo puede, si bien no en el sentido de poder como lejanía, sino de atención hacia todas las realidades humanas, incluida la muerte. La omnipotencia de Dios ni anula al hombre ni le engrandece por encima de su capacidad, pero cuida con mimo de todo lo creado.

Esta omnipotencia de Dios la descubrimos manifiesta en el misterio de Jesús, puesto que Jesús con su muerte y resurrección da la vida eterna a los hombres.

Esta última idea se desarrolla en la segunda oración que se propone en este mismo número: *«Dios perdón de los pecadores y felicidad de los justos»*. ¿Qué más podemos esperar los hombres? El hombre corruptible siempre va a disfrutar de la claridad y de la presencia de Dios.

## Nº 7

La presencia de Dios da a la criatura júbilo eterno. Esta es la idea que se desarrolla en la oración universal de este segundo formulario. Júbilo, ya que la presencia de Dios nos salva del reino de la muerte. La actuación de Dios, a pesar de la tristeza del momento, y utilizando imá-

genes pastoriles, está encaminada hacia la plenitud de la criatura, hacia el encuentro amoroso y misericordioso del hombre y su hacedor.

### Nº 8

En todo este número y asumiendo campos que no nos toca analizar en este estudio, descubrimos un lenguaje algo lejano, si tenemos en cuenta el conocimiento de las Escrituras y de la Teología que tienen nuestras gentes (como ya hemos indicado). Al afirmar esto nos estamos refiriendo a la *«incapacidad»*, que creemos tienen por lo general los fieles cristianos, para poder relacionar: *«el coro de los ángeles con el pobre Lázaro»*, o *«la comunión celestial»*, o *«invitados a comer la carne inmaculada de su Hijo»*... Nosotros sí que deberíamos saber que en todo este número 8 (procesión al cementerio) se trata de poner de manifiesto el proceso de la vida cristiana: eucaristía, bautismo, confirmación, muerte y resurrección. Pero el lenguaje utilizado es *«tétrico»* y, cuando menos, se nos ha de permitir dudar de la comprensión del mismo. Palabras como *«recomendación»*, *«atar y desatar»*, no indican precisamente el gozo del perdón. Seguro que si nos lo proponemos encontraríamos en la riqueza de la Escritura un lenguaje más claro, significativo y atrayente (¿O no es el evangelio para la gente sencilla?).

Lenguaje metafórico y figurado que da...: *«el fuego ardiente, esplendor de gloria, soportar los tormentos, mansión deseada del cielo, carne inmaculada, recomendación ante su Hijo...»*, todo esto puede situarnos delante de un Dios terrible ante el cual necesitamos mediadores: *«la clementísima Virgen, los Santos apóstoles, los santos y elegidos de Dios que soportaron tormentos...»*.

### Nº 9

En la oración después del salmo en el último adiós al cuerpo del difunto hemos encontrado conceptos distintos que nos producen cierta perplejidad:

- se habla de un Dios misericordia en quien encontramos el descanso,
- y luego este Dios *«mande que custodien»*. Lenguaje jurídico y militar ya que lo que se vigila es lo que se teme, o bien lo que se cree que se va a perder. Lo custodiado mantiene la tensión de lo que es vigilado y controlado, no la paz que da la misericordia. Y añade otra expresión: *«guardar con cuidado y vigilancia»*.

### Nº 10

Lo que guardan los *«Santos ángeles»* son los *«despojos»*, la inmensa tristeza. Una situación incomprensible y tensa que rompe al hombre por dentro, incluso con sus creencias, y que este lenguaje, aunque real, no produce otra cosa que más tensión e incomprensión. El Dios esperanza del creyente aparece en un segundo lugar y *«al final de los tiempos»*, no como ese Dios que se preocupa de su criatura, incluso, o más, en el momento de la muerte, que camina junto a las personas mostrándoles en todo momento la gloria de su Reino.

Afirmar: *«lo que fue y es ante Dios»* es volver a insistir en la lejanía de un juez (aunque sea misericordia, como se dice en otro lugar) que analiza incluso lo que Él ha creado a su imagen y semejanza: su criatura.

## Nº 12

Una nueva sorpresa, después de lo anterior, encontramos en esta invocación mientras se asperja el féretro: Dios es quien acoge de la siguiente manera:

- llamando a la paz,
- llamando a participar de la felicidad de Dios,
- llamando a contemplar su rostro glorioso.

Estas tres llamadas se expresan en un lenguaje de cercanía y acogida que los presentes en el funeral entienden, ya que en alegría se nos muestra un Dios Padre que con sencillez llama a su criatura.

En el siguiente número, trece, encontraremos nuevamente los rasgos de un Dios bueno: «*dueño de la vida y Señor de los que han muerto*». «*Cuando aparece acompañado de sus ángeles*». Tal vez tengamos que pensar más en un «*recurso floral*» que en una descripción de la corte celestial. Ese Dios que llama, porque es dueño de la vida, no necesita más que a la criatura que ha puesto en Él su confianza.

## FORMULARIO III

### Nº 1

En el saludo a los presentes, donde se implora con machaquería la misericordia de Dios, nos hace pensar que se olvida que ésta misericordia está siempre presente en la vida del hombre. Dios no se la guarda para unos momentos sí y otros no. La salvación se nos da por siempre y para siempre en la figura de Jesús. Si esta verdad fundamental es así, no es necesario ponerlo en duda con continuas invocaciones ya que quien mucho pide es porque no está seguro de recibir y necesita y exige la constante presencia de pseudo salvadores en quien poder apoyarse.

La fortaleza que necesita el hombre creyente surge de la confianza y de la escucha atenta y operante que nos da la Palabra de Dios.

En estas palabras que nos sugiere el Ritual parecen llamar a que el hombre necesite justificación de lo que ha hecho o dejado de hacer, con lo cual, al menos utilizando este lenguaje, nos hace perder la perspectiva del don gratuito que es la salvación.

Una idea que palpita en esta salutación inicial es que Dios «*abre cuando le gritamos*». ¿Es que Dios por hablar mucho nos va a hacer más caso? (Mt 6,7). La oración es necesaria, pero suena como si ésta se utilizara para «*ablandar*» el interior de Dios, y por eso es necesario hablar mucho.

Creemos, con esta idea, que no nos debe extrañar que la gente sencilla, mientras participa en la Eucaristía, sean capaces de rezar rosarios, novenas o septenarios, a su Virgen o Cristo respectivo, porque «*en la abundancia nadan los ricos*». Tal vez los «*pobres del Señor*» simplemente desde la puerta del Templo sólo se atrevan a golpear el pecho pidiendo perdón.

**Nº 6**

Aparece la severidad de Dios: «ningún hombre es inocente frente a Ti», severidad que queda paliada cuando en la oración colecta nos habla de: «Dios siempre dispuesto a la misericordia y al perdón». Esto hace gozar a la criatura de una alegría eterna.

Esta idea de la primera propuesta de oración ni mucho menos aparece en la segunda, en la cual Dios es el juez terrible que administra justicia, que pide cuentas, y que después de sopesar adjudica los sitios reservados a los que Él señala. Este juez posee un sello que marca a todos (Trinidad), un sello que se nos pide tener en un supuesto carnet: es el «bono veraniego» que da pase a la vida eterna.

**Nº 7**

Frente a otros formularios el propuesto es este formulario III es el que parte de una oración suplicante. Una súplica que nace no del temor sino de la confianza, ya que se reconoce a Dios como el que se compadece porque es Creador, siendo a la vez descanso, consuelo y fuerza para los que se acercan a ser aliviados de su tristeza.

**Nº 8**

Volvemos al lenguaje cortesano: si el difunto ha sido agraciado contemplará toda la gloria y participará de esa corte donde podrá gozar de todo.

Destacamos que en los números 9, 10 y 13 vuelven a aparecer ideas ya analizadas como: «custodiar para...», «para quien toda criatura vive...», «escuche las súplicas...», «use de misericordia...». «libre de todo...», que ya encontrábamos en el Formulario 1 y que remitían a ese Dios juez duro y firme.

Pero también en estos números encontramos palabras como: «redentor del género humano...», «luz verdadera...», «liberador de la oscuridad...», «el que llama a gozar...», que nos indican ese Dios Padre que camina junto a su criatura simplemente porque la ama.

**FORMULARIO 4**

Prosiguiendo con nuestro análisis de entresacar rasgos distintos encontramos.

**Nº 6**

En esta primera oración se llama a Dios «Señor Dios», y dentro de este título distinguimos los siguientes rasgos:

- En su presencia se presentan «los que están destinados a la muerte».
- Ante este Señor Dios los cuerpos no perecen, sino que se transforman para gozar de una vida mejor.
- Se habla de siervos, y por eso se hablará también de mediación, juicio, purificación, colocar... etc.

- En la segunda oración propuesta los siervos elegidos *«franquean victoriosamente las puertas de la muerte»*.

## Nº 7

Un Dios que nos lleva, nos juzga, al que debemos orar con fe para que *«perdone nuestros pecados, acepte nuestras buenas obras y nos libre de las penas»*. Es cierto que esto necesita una buena catequesis para ser comprendido dentro del mensaje salvador y buena noticia que Jesús nos ofrece.

Frente y al lado de este lenguaje preocupante para el cristiano, en los números 10, 11 y 13 se abre la oscuridad para dejar paso a la luz, y aparece:

- Un Dios que admite a todos en la paz de su reino para resucitarnos en el último día.
- Un Dios que nos ofrece la esperanza en Jesús.
- Un Dios que muestra sobre todo su amor misericordioso en el hombre pecador.

Hasta aquí esta lectura del Ritual de Exequias, escogido como ya dijimos por su carácter pastoral dentro del quehacer en los pueblos y en las Parroquias.

Tres son los rasgos generales que creemos encontrar del rostro de Dios en él:

- Es un Dios que se manifiesta de una manera concreta e histórica (Éxodo), en la vida y para la vida. Esto frente a unos planteamientos más filosóficos que históricos. El rostro de Dios presentado responde al descubierto en la predicación de Jesús.
- Hablar de Dios es una tarea costosa y debemos *«acertar»* tanto en el conocimiento sobre Dios como en el conocimiento sobre el hombre. Un conocimiento de Dios tiene que ser, ante todo, bíblico y vivencial, más que teórico y filosófico. Y un conocimiento del hombre que está enraizado en la misma vida de este hombre.
- El Dios del Ritual es presentado como Misterio, definido por su Nombre, por su manifestación en el Hijo, por su Amor y por los atributos que de Él conocemos: Todopoderoso, Creador...

Una conclusión del rostro de Dios mostrado en el Ritual es:

- Creador, Bondadoso, Misterio..., adjetivos ya conocidos por su repetición, que no por su explicación.
- El rostro de Dios se descubre en el plan que ha proyectado desde antiguo para la salvación del hombre.
- En su divina revelación, Creación, nos muestra e indica la relación que Dios busca mantener con el hombre.

En el Ritual de Exequias creemos ver que la oración es tomada, en muchas ocasiones, como *«moneda de cambio»* entre el hombre y Dios.

La condición humana, que es necesitada, parte no de un planteamiento optimista del hombre (concepción creatural) sino de un hombre caído desde el principio. Notamos una cier-

ta confusión entre el concepto de un Padre que atiende solícito la necesidad de los suyos y un Padre que salvará sólo con el baremo de una norma.

En el Formulario IV, en la Oración Colecta (número 6) están apareciendo una serie de conceptos, que también aparecen en otros formularios y en otras partes del Ritual, que invitan mucho más a alejarse y esconderse de Dios que a la cercanía. Las personas necesitamos de la cercanía de la trascendencia, necesitamos de alguna manera sentir de un modo positivo lo que se nos escapa. Si este sentir se convierte en miedo, el hombre necesitará barreras que lo protejan, y se las fabrica. La presencia desnuda ante su «Dios» no se producirá. Esa presencia ante Dios siempre estará acompañada o de mediadores que pueden hablar de tú a Tú con Dios, o de una lista de logros que la criatura ha obtenido después de muchas pruebas y sacrificios. Esta «consecución de objetivos» tampoco será presentada por el hombre sino por alguien intermedio, ya que él «*por su miseria*» y por «*estar destinado a la muerte*» se convierte en un ser manchado. Esta es la condición de criatura que muchas veces aparece en el Ritual y que puede llevar al hombre a buscar más la presencia de los mediadores y de los ritos que la presencia del Todopoderoso.

Justo es reconocer, a modo de conclusión de los cuatro Formularios analizados, que junto a la idea de Dios como Padre de misericordia en el que vivir y confiar incluso en la muerte, aparece la idea de Dios juez al que tenemos que implorar como si la salvación dependiera de las continuas súplicas. Pensamos que este segundo lenguaje, más extendido y común en el hecho doloroso de la muerte, no deja que se descubra con claridad el mensaje Pascual.

Destacamos en este momento una serie de rasgos que han ido apareciendo con claridad a lo largo del estudio del Ritual:

1. Dios se comunica por medio de su palabra, transmite un mensaje salvador a través de ésta. Una Palabra que no puede quedar muerta sino que está destinada a dar fruto. Tal Palabra es la que va a afianzar la esperanza del encuentro futuro, la que exhorta a la piedad y hace que se dé testimonio de vida cristiana.
2. El Dios de bondad es esperanza y confianza para el creyente. El creyente, en la Resurrección de Jesús, percibe su mismo destino: Dios siempre está dispuesto a acogerle, por lo que la muerte no nos puede separar ni de Él ni de Cristo, por lo que el creyente busca alcanzar la felicidad junto a Dios.
3. La fe en Dios Creador hace que la confesión cristiana se encamine hacia su omnipotencia y misericordia. Estos adjetivos no nos indican lejanía de Dios, sino al contrario, nos hacen ver su constante presencia entre los hombres, manifestada de forma clara en la Eucaristía. Es en ésta donde el encuentro entre Dios y las personas se da en totalidad. Si bien la revelación de Dios se produce de manera progresiva. Será en la presencia de Cristo donde se descubra sin intermediarios que Dios posee un plan que converge en Cristo, un plan que desde el Antiguo Testamento se ha ido manifestando. El Dios vivo quiere la vida de sus fieles, el Dios de vida que extermina incluso la muerte. Desde aquí es desde donde podemos entender la afirmación cristiana que proclama la actuación de Dios a favor del fiel que ha muerto.